



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
1803



ac agenda cultural
Alma Mater

Octubre 2022



Busto Manuel Uribe Ángel. Francisco Antonio Cano. Bronce. 0.68 x 0.46 x 0.46 m. 1923. Costado norte Plazoleta Facultad de Medicina Universidad de Antioquia. Colección de Historia – Museo Universitario.

200 años del doctor Manuelito

Agenda Cultural • Universidad de Antioquia • N.º 302 • Octubre 2022

Publicación cultural e informativa de la Universidad de Antioquia, fundada en 1995

Presidente del Consejo Superior: Aníbal Gaviria Correa, Gobernador

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes

Vicerrector de Extensión: David Hernández García

Comité Editorial: Oscar Roldán-Alzate (Director),

Doris Elena Aguirre Grisales (Editora), Simón Puerta Domínguez,

Luis Germán Sierra Jaramillo, Marta Alicia Pérez Gómez

Diseño: Luisa Fernanda Bernal Bernal

La información y las opiniones incluidas en los artículos de esta publicación son responsabilidad de sus autores. No representan posiciones institucionales de la Revista o de la Universidad de Antioquia.

No está permitida la reproducción total o parcial de los textos o de las imágenes, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de los propietarios de los derechos

Agenda Cultural Alma Máter Universidad de Antioquia

Edificio de Extensión, Universidad de Antioquia. Calle 70 N.º 52-72, Piso 6.º

Teléfono: (57) 604 219 51 75. Medellín, Colombia.

<http://agendacultural.udea.edu.co>

Correo electrónico: comunicacionsextensioncultural@udea.edu.co

Impresión y acabado: Editorial LA PATRIA S. A.

La Agenda Cultural Alma Máter es una revista universitaria, cultural e informativa de distribución gratuita y circulación mensual

1 Editorial
Manuel Uribe Ángel (1822-1904)
Dora Helena Tamayo Ortiz

3 Abrir puertas: doscientos años del doctor Manuelito
Humberto Barrera Orrego

8 De médico, poeta y loco todos tenemos un poco
Diana Patricia Díaz Hernández

11 Manuel Uribe Ángel, promotor y difusor de la ciencia
Jorge Andrés Suárez Quirós

14 El Libertador, su ayo y su capellán
Manuel Uribe A.

20 Cuánto me costó la burra
Manuel Uribe A.

27 Programación cultural

Manuel Uribe Ángel (1822-1904)

En la Antioquia del siglo XIX, el doctor Uribe Ángel cumplió un papel destacado y protagónico en los ámbitos políticos, científicos y culturales, tanto por su calidad de médico como por su reconocimiento intelectual y como hombre de bien. Fue fundador de instituciones importantes para el desarrollo educativo y científico de la región como la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, la Academia de Medicina, el Manicomio de Bermejal, el Museo de Antioquia, la Academia de Historia, el Ferrocarril de Antioquia; impulsador de periódicos, revistas y tertulias literarias; representante de la región a nivel nacional; hombre de ciencia con reconocida labor social, tareas todas que lo convirtieron en un ser querido por la población medellinense, tal como se pudo apreciar en sus exequias en las que los estamentos de la sociedad se manifestaron amplia y sentidamente.

Sus primeros estudios los adelantó en Envigado, su ciudad natal, los de medicina en Bogotá y los de especialización en París. Viajó por Norte y Sur América, además de Europa. Parte de estas experiencias las recogió en relatos de viajes y en un texto definitivo en el proceso del establecimiento del espacio americano: *Geografía gene-*



Manuel Uribe Ángel. Melitón Rodríguez. Positivo blanco y negro. 18.5 x 12 cm. 1899. Colección de Historia - Museo Universitario.

ral del Estado de Antioquia en la República de Colombia (1885). Tanto este texto, como sus *Recuerdos de un viaje de Medellín a Bogotá* (1904), pertenecen a lo que se ha denominado etapa cartográfica de la literatura regional, en la que la descripción de la flora, la fauna, la geología propias y cercanas le brinda al escritor la posibilidad de nominar y apropiarse de la

naturaleza americana como parte del compromiso intelectual de fundar la nación.

Los numerosos escritos de carácter literario de Uribe Ángel aparecieron, en un comienzo, en los periódicos antioqueños de orientación política liberal o conservadora que daban acogida a las escasas producciones artísticas de la provincia, pues solo a finales de los años 60 del siglo XIX empiezan a circular las primeras publicaciones de carácter cultural. Además, en el período comprendido entre 1850 y 1870, con excepción de “Felipe” (1851) de Gregorio Gutiérrez González, “Mi compadre Facundo” (1855) de Emiro Kastos y “Un montañés” (1859) de Eliseo Arbeláez, y la poesía de Gutiérrez González y Epifanio Mejía, la creación literaria en Antioquia es casi nula.

2 El mismo doctor Uribe Ángel creó y dirigió el periódico liberal *El Trabajo* que circuló en los años de 1884 y 1889, en el cual aparece uno de sus relatos, “El Come-candela”. Es precisamente en las dos décadas comprendidas entre los años 1880 y 1899, cuando surgen en Medellín varias revistas literarias, algunas de ellas asociadas con reconocidas tertulias, como la famosa dirigida por Carlos E. Restrepo, donde pueden encontrarse la mayor parte de las producciones literarias tuyas que vieron la luz pública, pues algunas permanecieron inéditas por mucho tiempo. En las más reconocidas publicaciones de carácter cultural de este período tales como *La Revista de Antioquia* de 1876, *Antioquia literaria*, la primera antología del departamento de 1876, *El Liceo Antioqueño* de 1884, *El Repertorio* de 1896 y *El Montañés* de 1898, entre otras, figuran algunas colaboraciones del doctor Uribe Ángel.

La variedad de asuntos y personajes de su producción revelan a un intelectual intere-

sado en la ciencia, en la descripción y asimilación rigurosas del paisaje de la región en el marco de la historia, condiciones necesarias para cimentar el progreso de la nación y, especialmente, en la creación de personajes como resultado de la reflexión sobre la condición humana, al repensar los héroes de la historia nacional como hombres del común y al otorgar dignidad a los seres más olvidados e ignorados de la sociedad. Por un lado, entonces, concede a los personajes de la historia nacional, como Bolívar, Nariño, Sucre, Páez o Córdova, sencillez, fragilidad y alegría y, por otro, dignifica por medio de la picardía y de cierta destreza vital a los seres más desvalidos como Come-candela, Don Juan del Campo o Pedro Moncayo, protagonista este último del relato “Cuánto me costó la burra”.

Pero el autor va más allá y crea cuentos en el sentido moderno del término. En “Los dos hermanos”, la vida de Pablo y Carlos se estructura alrededor de temas como la guerra, la noción de progreso y su afectación en la vida de los hombres, las huellas de la infancia, la traición, el valor y la vivencia de situaciones límite de los personajes, que subrayan la dimensión trágica de la existencia.

Como ejemplo de la calidad literaria del médico escritor presentamos el relato “Cuánto me costó la burra”, ambientado en la Medellín de fines del siglo XVII y protagonizado por un mendigo que encuentra salida a la burla irrespetuosa de sus vecinos echando mano del ingenio y el humor que lo caracterizan. Ante sus paisanos, Pedro Moncayo se impone y en el lector deja la memoria de un ser querible, digno e inolvidable.

Dora Helena Tamayo Ortiz

Abrir puertas: doscientos años del doctor Manuelito

Humberto Barrera Orrego

Hay imágenes que se fijan en la imaginación colectiva y con el paso del tiempo se convierten en arquetipos. La rubia Marilyn con los ojos entornados y los labios pintados de un rojo de laca entreabiertos en voluptuosa invitación. El Che con el lucero de Venus en su eterna boina, de la que brota la melena de poeta en tiempos en que el pelo se llevaba recortado con rigor de cirujano. Más cerca de nosotros, Epifanio Mejía en el umbral de su celda de Bermejál con la mirada absorta en lo insondable. A esta categoría de imágenes icónicas pertenece la fotografía de Melitón Rodríguez en la que el doctor Uribe Ángel se sienta en una silla de labrado respaldo con su hermosa cabellera y su barba nevada, las ojeras fatigadas, y entre las manos las gafas, como si acabara de quitárselas para no ver el horror de un país que se desangra en guerras absurdas, o a punto de ponérselas para llenarse de asombro ante los abrumadores paisajes miniatura de su terruño.

Manuel María, uno de los once hijos del matrimonio de José María Uribe y María Josefa Ángel, vio la luz en la finca familiar de La Magnolia el miércoles 4 de septiembre de 1822. En aquel entonces, su Envigado natal era un pueblo blanco perdido entre bosques poco a poco talados para abastecer la demanda de vigas para las construcciones del valle del Aburrá, y de extensos yucales donde pululaban conejos perseguidos por cazadores impenitentes: uno de los más entusiastas era el jurisconsulto José Félix de Restrepo. Manuel contaba catorce años cuando sus padres lo mandaron a estudiar



Manuel Uribe Ángel. José Gabriel Tatis Ahumada. Óleo sobre laminilla de marfil. 9 x 7 cm. 1844. Exposición Permanente de la Colección de Arte, Rupturas y continuidades. Banco de la República.

en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, a tres cuadras al norte del altozano de la catedral de Bogotá. Sin duda, el adolescente aspirante a médico no supo entonces que al frente de la portería del Colegio había vivido durante sus últimos años el general José María Córdova, ya que, salvo error u omisión, no lo menciona en sus narraciones, pero es evidente que sintió gran admiración por su paisano.

Una de las cosas que más agradaron al joven antioqueño fueron las fiestas del 7 de octubre en que se celebraba a la Patrona del Colegio Mayor, cuya imagen, a la que todavía hoy apodan cariñosamente la Bordadi-

ta, había sido labrada por las mismísimas manos de la reina Isabel de Borbón, primera esposa del rey Felipe IV de España. Sin embargo, el uniforme de colegial no le hacía mucha gracia: “Me sentía disfrazado mitad fraile, mitad clérigo, con ese bonete negro con dos borlas, chaqueta, pantalón, medias y zapatos negros, y esa franja blanca —la beca— cruzada en el pecho con el escudo de armas del colegio prendido al lado izquierdo”. Sus eternos rivales, los colegiales de San Bartolomé, por el color de la beca los apodaban “piojos”, y los rosaristas, a su vez, llamaban a aquellos “chorizos” por una borla que pendía de su beca, de color rojo, y a menudo se iban a las manos, para escándalo de beatas y transeúntes, en plena calle Real, la más concurrida de la capital.

El joven Manuel conoció en carne y hueso a muchas figuras notables de la época, entre ellos al presidente Santander, a Alejandro Vélez y Florentino González, y después aprovechó ese acervo para aderezar sus crónicas. Tenía un talento natural para la narración y dejó consignadas muchas tradiciones, costumbres, acontecimientos y personajes del siglo XIX, un período tan complejo de luchas entre liberales y conservadores y a la vez rico en emprendimientos para edificar y modernizar un país lastrado por taras que se remontaban hasta muy atrás en el tiempo, y al que la metrópoli había considerado tan solo un abastecedor de materias primas. Para apoderarse de tan rico botín y con el pretexto de patrocinar su independencia política le cayeron encima como buitres las grandes potencias de allende y aquende el Atlántico. Tarea urgente era la de hacer inventario de los bienes naturales y culturales para enfrentar los desafíos del mercado internacional y construir una identidad nacional en medio de la zozobra permanente de las guerras regionales.

Una vez concluidos sus estudios profesionales, el joven médico emprendió viajes a Ecuador y Perú y más tarde a Estados Unidos, México y las Antillas. Durante los dos años que residió en la capital de Francia profundizó sus estudios de medicina y estuvo en contacto con el hervidero cultural europeo, sus bibliotecas, sus museos, sus animadas tertulias. Ardía de impaciencia por aplicar en su tierra los conocimientos recién adquiridos, una tierra tan rica que parecía un retazo del jardín del edén, pero a la vez un mero bosquejo donde todo estaba por hacer.

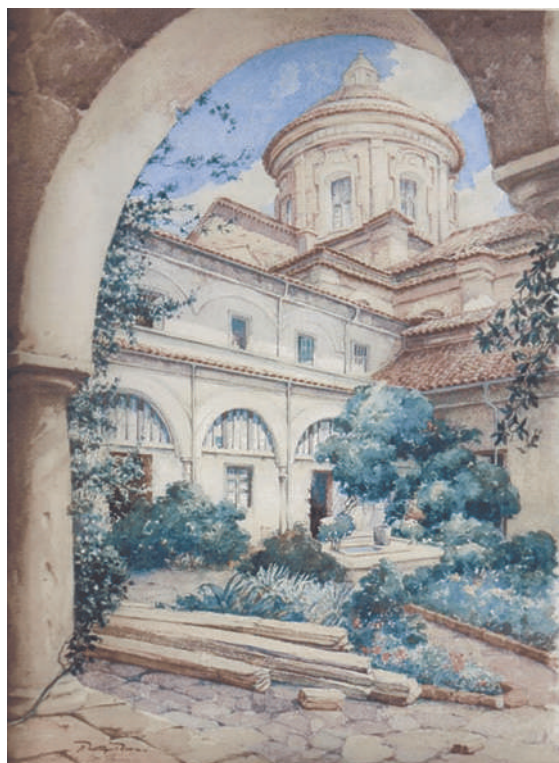
Dueño de una curiosidad sin orillas, se embebía profundamente, no solo en la profesión médica, que lo facultaba para sanar las dolencias del cuerpo y el alma, sino en la geografía, la historia local, la narrativa y el ejercicio de la docencia. Corría el año de 1854 cuando se casó con Magdalena, hija del coronel y gobernador de Antioquia Gregorio María Urreta, que en 1826 había trasladado de la ciudad de Antioquia a Medellín la capital de la provincia. La pareja no tuvo descendencia, así que cuidaron, como si fueran propios, de los hijos de Susana Urreta, hermana de Magdalena y viuda del ingeniero inglés Charles Johnson: Luis Guillermo, Arturo y Emilio Johnson. En sus últimos años, el pequeño Guillermo Johnson, probablemente un hijo de Luis Guillermo, sería su amanuense y su lazarillo.

Su casa, de estilo europeo, de tres plantas y desván adornado de ventanas de gablete, situada a mitad de camino entre la catedral de la Candelaria y “esa fracción decimal de puente” de la calle de Palacé, como lo definió él mismo con fino gracejo, era mitad biblioteca, mitad gabinete de curiosidades, donde el doctor Manuelito, como lo llamaba cariñosamente la gente, guardaba

toda suerte de objetos que había recolectado durante sus frecuentes andanzas, y en la primera planta se abría un local donde funcionaban el consultorio y la botica. Los cacharros de barro encontrados en guacas, las muestras de minerales, los cráneos de varias especies de animales, las lanzas y flechas indígenas, algunos retratos al óleo y objetos que pertenecieron a próceres de la Independencia, fueron el germen de lo que por allá en 1881 sería el Museo y Biblioteca de Zea, hoy Museo de Antioquia. Posteriormente, algunas pertenencias de Córdova pasaron al museo de su nombre en el municipio de El Santuario.

De los once objetos de Córdova enumerados en el *Primer directorio general de la ciudad de Medellín para el año de 1906*, como parte del inventario del Museo y Biblioteca de Zea, tan solo sobreviven tres en El Santuario, dos de ellos apócrifos: el supuesto granero sobre el cual murió Córdova y una chaqueta roja que dizque llevaba en Ayacucho y que más bien parece el atuendo de un pigmeo de circo barato. Hoy sabemos con certeza que la levita (no chaqueta) que vestía Córdova en la ladera del Condorcunca era de color azul, y que su vida no tocó a su fin sobre un granero. El tercer objeto, el sombrero del prócer, recibió hace pocos años una *restauración* semejante a la del Ecce Homo de Borja. El museo de El Santuario también guarda un retrato de doña Pascuala Muñoz de Córdova ejecutado por Antonio Meucci, el verdadero inventor del teléfono, a quien los estadounidenses le birlaron sin rubor alguno la patente. Después harían lo mismo con los descubrimientos de Nikola Tesla.

Llevado del deseo de transformar su entorno, Uribe Ángel se atrevió a participar en diversos encargos y cargos públicos que absorbían el tiempo precioso que deseaba



Museo de Zea. José Restrepo Rivera. Acuarela. Sin más datos. Tomada de "El museo y biblioteca de Zea" de Aníbal Vallejo Rendón, Periódico El Mundo, 13 de septiembre de 2014.

invertir en obras menos etéreas y más perdurables. Es célebre la receta que formuló "Para Colombia, atacada de grandes enfermedades y amenazas":

Caridad ampliamente practicada para evitar el consumismo que la invade; tolerancia para conseguir la paz; benevolencia para mitigar sus pasiones delirantes; unción contra la anarquía; instrucción para procurarse hombres; educación para formar pueblo; trabajo para enriquecerse y libertad racional para ser inmensamente grande.

Durante años se dedicó a escribir un tratado de geografía e historia de Antioquia.

El libro estará dedicado a la juventud colombiana como manifestación última de mi constante amor a esa parte distinguida de nuestra nación y para abrir una puerta para nuevos

estudios sobre un país tan poco conocido y tan mal estudiado. Tal vez sabiendo lo que fuimos y lo que somos, podremos vaticinar lo que seremos; quizás conociendo de dónde venimos, sabremos para dónde vamos.

Invirtió todos sus ahorros en la publicación, cuyas planchas fueron elaboradas en Berlín. Quería imprimirla en Madrid, pero la ciudad del oso y el madroño, sitiada por el cólera, guardaba rigurosa cuarentena, así que tuvo que llevarla a París. Es una obra sorprendente por la vasta información que proporciona sobre todos y cada uno de los rincones del Estado de Antioquia, con breves reseñas de su historia y riquezas naturales. Hizo inventario de más de trescientas cincuenta variedades de plantas, casi doscientas noventa especies animales y más de setenta aplicaciones prácticas de algunos minerales. Una lámina muestra un exquisito poporo de oro encontrado en una sepultura indígena en Pajarito, entre los municipios de Yarumal y Angostura, el cual, según se dice, fue la pieza que dio origen al Museo del Oro del Banco de la República. Este libro, sobre todo la parte que versa sobre los habitantes prehispánicos de Antioquia, sirvió de texto a los maestros de escuela para sus clases de ciencias sociales hasta mucho después de la mitad del siglo xx. En 1983, aduciendo pretextos baladíes, se suprimió la enseñanza de la historia patria en los colegios oficiales del país, y pese a las voces que reclaman su reposición, hasta el sol de hoy el gobierno se ha hecho el tonto.

Escribió asimismo varias narraciones apoyadas en archivos coloniales, en relatos de la tradición oral y en sus propias observaciones de la vida rural y urbana. En su cuento “Cosas de antaño” se atrevió a divulgar que el primer homicidio de la villa de Medellín lo cometió en 1702 el cura Juan Sánchez de Vargas. Apegados rigurosa-

mente a los hechos históricos, sus cuentos son una fuente insoslayable para quien aspire a conocer aspectos de Antioquia en el siglo xix que no figuran en la historia oficial.

Pretender abarcar en este breve espacio una vida tan dinámica y rica sería tarea descabellada. Habría que montar una exposición de gran formato sobre su vida y su obra para que recorra todas las casas de la cultura del departamento y publicar antologías para jóvenes de sus narraciones históricas, que son un dechado del buen decir y un registro de lo que fuimos y que marcó, para bien o para mal, nuestra idiosincrasia regional. Uribe Ángel fue promotor y espectador de los cambios que se produjeron en un mundo convulsionado y en un país en busca de su lugar en el mundo. A doscientos años de su nacimiento, sus acciones claman una vindicación justiciera.

En julio de 1887 fue fundador y primer presidente de la Academia de Medicina de Medellín, en cuyo órgano, *Anales*, publicó sesudas notas biográficas de sus colegas. En sus últimos años hubo de presenciar la llegada a la ciudad de pestes casi apocalípticas y de la guerra de los Mil Días, que convirtió en cuarteles la sede de la Universidad y la del Museo y la Biblioteca de Zea, dejándolas en un estado muy parecido a la ruina. Su precaria carcasa no resistió aquella incursión de la barbarie y su salud se vino abajo sin remedio. A medida que mermaba su vista, un cáncer feroz invadía sus entrañas. Ya estaba completamente ciego cuando el jueves 3 de diciembre de 1903 tuvo lugar en su morada de Palacé la primera reunión de la Academia Antioqueña de Historia, cuyos prestigiosos miembros, todos amigos o discípulos suyos, rodearon su lecho de doliente y lo eligieron su presidente. Un homenaje más que merecido al hombre que entregó sus mejores años



Geografía general y compendio histórico del estado de Antioquia en Colombia. Manuel Uribe Ángel. Primera edición. Imprenta de Victor Goupy y Jourdan. París. 1885.

y toda su fortuna al único fin de educar para cultivar la salud del cuerpo y las facultades del espíritu, agradecer los dones de la naturaleza y conocer nuestra trayectoria pretérita para encarar con la frente en alto el porvenir. Seis meses después, el jueves 16 de junio de 1904, exhaló el último aliento. Dicen las crónicas que a sus exequias concurrió una multitud delirante y acongojada que desbordó la capacidad de la iglesia catedral y colmó el parque de Berrío y las calles adyacentes.

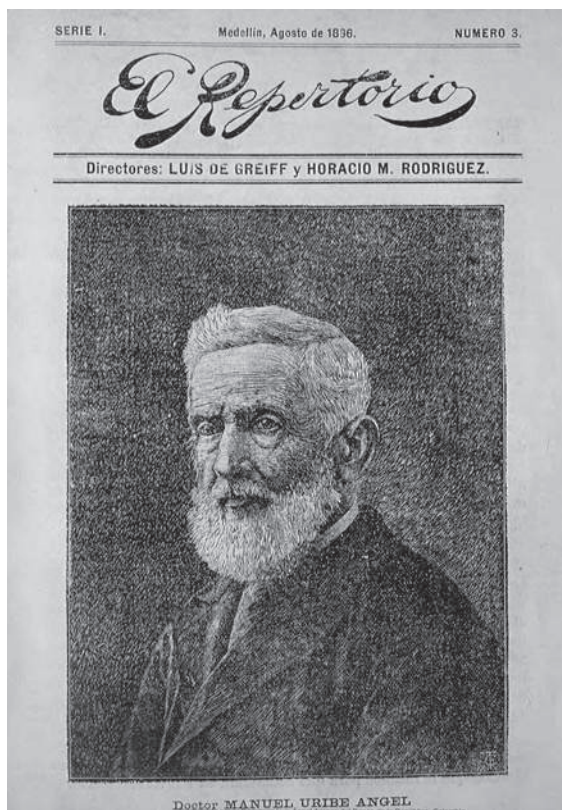
Sus huesos reposan en el cementerio de San Pedro, en un sobrio mausoleo agrietado y decorado tan solo con su nombre y un escueto mapa de la Antioquia de sus desvelos.

Post Scriptum: mi gratitud a Pilar Lozano y su libro *Manuel Uribe Ángel. El médico y geógrafo que amo a su país* publicado por Colciencias, y al casi indigente artículo de Wikipedia.

Humberto Barrera Orrego es Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Ha publicado, además de múltiples ensayos y artículos, los libros *José María Córdova: entre la historia y la fábula*, *La leyenda negra de José María Córdova*, *F. A. Cano, de Yarumal a París*, *Estampas yarumaleñas* y *Confesión de un viejo faccioso arrepentido*, de Marcelo Tenorio.

De médico, poeta y loco todos tenemos un poco

Diana Patricia Díaz Hernández



Yo siempre he tenido mucha esperanza en la inteligencia humana, y soñaba con el día en que pudiéramos tener las certezas sobre la causa de muchas enfermedades, y que encontráramos el auténtico remedio para muchos males que nos azotan. Y qué decir de ese otro invento maravilloso del que usted me habla, la penicilina; no se imagina cuántas lágrimas he derramado al lado de la cama de un niño que apenas empieza su vida y ante quien me siento ignorante e impotente, porque solo puedo ofrecerle remedios paliativos, mientras observo cómo se lo carcome una erisipela. Me llena de regocijo enterarme de los nuevos conocimientos médicos y de las investigaciones constantes para ofrecerles a nuestros pacientes una vida más saludable.

El camino ha sido tortuoso en la búsqueda de la verdad de este arte de curar. Muchas han sido las satisfacciones, pero también los errores que hemos cometido a lo largo de la historia de la humanidad por el desconocimiento médico. Creo que por mucho tiempo matamos no pocos infelices con esa precaria y deplorable medicina. ¡Dios nos perdone el mal por el intento!

Desde su presente que es el futuro de mi generación y desde mi presente que es su pasado, permítame ir a un pasado más remoto, ¡entonces vendría siendo el pasado de ambos!, para contarle un poco sobre lo que era la medicina desde los tiempos en que Medellín era apenas una aldea: Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín, ese fue el pomposo nombre que recibió en 1675, cuando se fundó.

Mi queridísima doctora del siglo XXI, usted me tiene maravillado con todos esos avances de la medicina que me cuenta. Todavía me parece increíble que los rayos X, ese magnífico aparato inventado hace apenas unos años por Wilhem Röntgen, haya avanzado hasta obtener estas hermosas imágenes, ¡es que parece que estuviéramos frente al mismísimo cadáver!, y sin los olores pútridos que de él emanan. Usted me dice que el nombre es "resonancia magnética", ¡por dios!, ¡todos mis años y conocimientos no son suficientes para comprender cómo se logra esta imagen! Eso para mí es ficción científica, me parece estar leyendo una novela de Julio Verne.

Muchos de los médicos que existían en esa época se hacían doctores mediante el mismo sistema por el cual se hacen hoy los generales en este país bañado frecuentemente por la sangre que se derrama en las variadas e insólitas guerras; es decir, se hacen generales por asalto y sin graduaciones. En los primeros años de esta hoy República de Colombia la ciencia médica era letra casi muerta. La Colonia tuvo el funesto privilegio de hacer dormitar la inteligencia de los criollos americanos en un sueño de marmota.

De seguro, los aborígenes antioqueños recetaban a su modo, porque esto de hacer de médico parece propio de los humanos. Los españoles y sus descendientes fijados en estas comarcas recetaban porque todos recetamos, pero lo hacían de un modo puramente instintivo, sin reglas y sin principios, y tomando por fundamento de sus prescripciones el hecho de que una cosa es buena para tal enfermedad porque así lo han demostrado la observación y la experiencia.

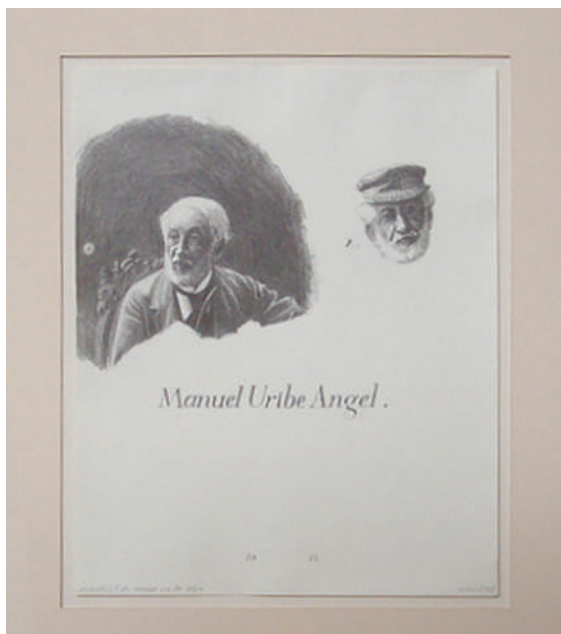
Entre las personas dedicadas al arte de curar había gran variedad de individuos, pero ninguno que hubiese alcanzado una educación académica: la mayor parte de ellos eran de una ignorancia extrema. He oído hablar a mis antepasados de un don Juan de Carrasquilla, recetador arrogante, noble de cuna, muy venerado; a él tenemos que agradecerle que trajera la vacuna de la viruela desde el puerto de Nare, donde el doctor José Salvany estuvo cuando recorría la Nueva Granada con ese pus salvador. ¡Cuántos niños pudimos crecer sanos por la acción de ese maravilloso descubrimiento del doctor Edward Jenner! Y saber que sus colegas de la Royal Society de Londres se burlaron de él cuando presentó su trabajo. Pero luego tuvieron que reconocer la im-



Manuel Uribe Ángel (y sus sobrinos). Foto cortesía del Centro de Historia de Envigado. Disponible en: <https://www.centrodehistoriaenvigado.com/manuel-uribe-angel/>

portancia de ese descubrimiento. Sabe, no fue fácil para Jenner convencer a las personas sobre los beneficios de la vacuna, pues pensaban que les podían crecer apéndices vacunos por todo el cuerpo.

Pero bueno, esa es una parte de la historia que no es el motivo de nuestra conversación de hoy. En otra de sus visitas me gustaría que habláramos de ello. Hoy, sigamos con el recuento de los primeros médicos antioqueños, si es que podemos llamarlos médicos. Don Pantaleón de Arango era abogado de oficio, pero más inclinado a manejar enfermos. Don Joaquín Tirado fue también un galeno de gran crédito. Carmen Peña, mujer de pueblo, asistía numerosa clientela y su reputación pasaba, entre las capas inferiores de la sociedad, los límites de lo increíble. Don José María Lalinde adquirió algunos conocimientos médicos en los libros, los cuales aplicaba para el alivio de las dolencias que afligían al pueblo. Doña Bárbara Vélez ejer-



Manuel Uribe Ángel. José Antonio Suárez. Dibujo. Colección de Historia del Museo Universitario.

cía con crédito su profesión de médico en el pueblo de La Estrella, y su casa era concurrida por solicitantes de todos los rangos sociales al principio de este siglo.

Don José María Upegui, llamado don Chepe, extraía muelas, extirpaba tumores, amputaba brazos y piernas con una serenidad y arrojo dignos del mejor médico europeo; figúrese que utilizaba casi siempre una barbera para cortar lo que requiriera el paciente. Por supuesto, no puede faltar en este grupo mi querido maestro de infancia, don Nicolás Villa, de quien aprendí los primeros conocimientos de la medicina cuando yo era apenas un mozuelo.

En resumen, lo que había en el territorio antioqueño respecto al arte de curar eran una serie de personajes que hoy calificaríamos como charlatanes. La mayor parte de ellos no sabían leer ni escribir; otros, aunque supiesen una y otra cosa, no leían por falta de libros y para los pudientes, que podían

comprarlos, existían apenas algunos volúmenes de la medicina doméstica: las obras de William Cullen, Samuel-Auguste Tissot, Juan de Esteyneffer, William Buchan, Giovanni Rasori y Madame Fouquet.

¿Por qué se asombra? Sí, una doctora, Marie de Maupeou (Madame Fouquet), una médica francesa del siglo xviii, quien se arriesgó a publicar el libro *Economía de la salud del cuerpo humano*. Fue muy popular porque ofrecía información sencilla para un amplio abanico de enfermedades, desde problemas de los dientes hasta afecciones nerviosas. ¡Imagínese que describía quince formas distintas para curar el dolor de muelas!, con ingredientes tan variados como azúcar, cenizas, miel o pimientas. También proporcionó una diversidad de curas para la plaga bubónica, las erisipelas, la hidropesía y hasta para los problemas del embarazo.

De estos libros que le menciono, unos eran leídos y otros no, porque acontece en esto de la medicina lo mismo que con la comida y la rascazón, que “comer, rascar y recetar, todo es empezar”, así que nuestros médicos recetaban siempre y a su manera. Así es doctora, esos eran los médicos que ejercían por estas tierras hasta el primer cuarto de centuria del siglo xix, pues, como dice el refrán: “De médico, poeta y loco todos tenemos un poco”.

Diana Patricia Díaz Hernández. Médica de profesión, profesora por vocación y apasionada de la historia como diversión, es docente de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia. Este texto está inspirado en *La medicina en Antioquia* de Manuel Uribe Ángel publicado en los *Anales de la Academia de Medicina de Medellín*, vol. 8, N.º 1, septiembre de 1896. Disponible en línea: <https://hdl.handle.net/10495/2087>.

Manuel Uribe Ángel, promotor y difusor de la ciencia

Jorge Andrés Suárez Quirós

Más allá de los adjetivos que engrandecen el nombre del Dr. Manuel Uribe Ángel, nacido en 1822 en Envigado, en la vida de este médico se ejemplifica la búsqueda de los intelectuales y dirigentes del siglo XIX de un desarrollo científico y educativo. El Dr. Uribe Ángel promueve la medicina científica en Antioquia, la geografía y la historia y difunde la literatura regional. También es un líder que interviene en política y asume cargos de elección y designación. Fue concejal de Medellín, diputado, senador y presidente del Estado Soberano de Antioquia, cargos en los que impulsó entidades de educación y salud y en los que fue garante de los bienes y vidas de los ciudadanos en épocas de guerra civil.

La cantidad de textos de su producción escrita aún está por determinar, al seguir surgiendo en los diferentes archivos, bibliotecas y prensa del siglo XIX. Al momento se conocen cerca de ciento sesenta, de los cuales cuarenta y nueve versan sobre temas médicos; treinta y cinco de historia; seis de geografía; ocho de viajes y cincuenta y nueve de literatura; doce discursos y unas cinco introducciones o presentaciones de libros de diversos asuntos. Todo esto, sin contar la correspondencia enviada y recibida, que se estima en no menos de ochenta cartas. Pese a esta producción, al Dr. Uribe Ángel solo se le recuerda y se le ha estudiado principalmente por dar el discurso del bicentenario de Medellín en 1875, por su *Geografía y compendio histórico del Estado*

de Antioquia en Colombia de 1885, por dar el discurso del cambio de siglo XIX al XX en Medellín en 1900, y por algunos de sus relatos de viajes que se han reeditado en varias ocasiones luego de su muerte en 1904.

Sus escritos médicos muestran su pensamiento y la evolución de esta ciencia en Antioquia y Colombia. Se observa la transición de la medicina empírica o tradicional a la medicina científica. Se evidencia la mezcla que se dio en la época colonial de los saberes y legados indígenas, africanos y españoles en materia médica, a los que se le sumó la medicina de ideas ilustradas traída por los primeros médicos profesionales españoles, franceses y criollos, consistente, entre otras cosas, por la revitalización de las ideas neo-hipocráticas del desequilibrio de los humores en combinación con la teoría del aire como propagadora de enfermedades. A esto le siguió la medicina traída por la legión británica que ayudó en la independencia colombiana, además de la llegada de la medicina francesa, que marcó el rumbo a lo largo del siglo XIX con una serie de avances hasta llegar paulatinamente a los aportes definitivos de Pasteur.

A los trece años recibió Uribe Ángel las primeras lecciones de medicina del médico empírico don José Nicolás de Villa y Tirado. Cursó la secundaria en el Colegio del Rosario de Bogotá y se graduó como médico en 1844 con diploma otorgado por la Universidad Central. Al año siguiente viajó a Perú

y a Ecuador; en este último país ratificó sus estudios y obtuvo el título de médico cirujano; regresó a Colombia en 1850, pero solo para hacer escala y dirigirse a París, Francia, donde se radicó hasta 1853. Allí adquirió más conocimientos médicos que luego, a su regreso al país, practicó y perfeccionó al adquirir de manera gradual los avances y noticias que llegaban de Europa. Ya establecido en Medellín, fundó una botica en asocio con varios médicos quienes lo acompañaron en diferentes épocas, y en la década de 1860 colaboró en la fundación de la Facultad de Medicina de Medellín, de la cual fue profesor de anatomía. Luego, en 1887, fue cofundador y primer presidente de la Academia de Medicina de Medellín y de los *Anales* de la mencionada academia en los que están consignados la mayoría de sus escritos médicos.

En su *Geografía*, se aprecia a un médico preocupado por las condiciones ambientales que pueden afectar o beneficiar a la salud, a la par de una necesidad por inventariar tanto la población y pueblos existentes, como la fauna, la flora, la orografía e hidrografía del Departamento. Todo esto, en la búsqueda de potencialidades y productos que se pudieran explotar económicamente.

En *Historia*, los trabajos del personaje dan cuenta del pasado antioqueño, en el contexto del país, con la intención de generar un sentido de pertenencia y de identidad. Uribe Ángel dejó varias semblanzas que reúnen la vida de los próceres de la Independencia, así como la historia de vida de colombianos de diferentes profesiones y épocas. Entre sus obras destaca “El Libertador, su ayo, y su capellán”, de 1883, que recupera el juramento de Bolívar para liberar a América de España, al recordar su encuentro en 1850 con el maestro del libertador, Simón Rodríguez.



Tarjeta Postal de Visita. A. A. Ariza. 14.5 x 9 cm. Sin fecha. Colección de Historia - Museo Universitario.

En literatura, hizo aportes encaminados a la formación de una literatura regional. Promovió las obras de sus contemporáneos, como Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos) y Gregorio Gutiérrez González. Él mismo escribió cuentos y relatos sobre anécdotas de personajes del común, y escribió una pequeña novela que desarrolla los hechos ocurridos realmente a Pedro Serrano, durante su naufragio y posterior rescate, siete años después, en un cayo del archipiélago de San Andrés y Providencia, el cual fue nombrado en su honor con el nombre de Serrana.

En el desarrollo de la medicina, la geografía, la historia y la literatura, el Dr. Uribe

Ángel fue impulsor y ayudó en la fundación de diversas instituciones. Su nombre se encuentra entre los fundadores de la Facultad y de la Academia de Medicina, como se mencionó; también del Museo y Biblioteca de Zea, hoy Museo de Antioquia y del Manicomio de Bermejil. Se le reconoce por dar impulso al Hospital de Caridad San Juan de Dios; promover un colegio en Envigado, lo mismo que, desde su posición de senador en 1881, una escuela de minas para Antioquia, objetivo que sólo se logró en 1886. Fue docente en diferentes colegios de Medellín y en varios programas en la Universidad de Antioquia en los que enseñaba francés. Al final de sus días, en diciembre de 1903, y en reconocimiento a su desempeño por recuperar la historia antioqueña fue nombrado presidente de la Academia Antioqueña de Historia, fundada en su propia casa, en la calle Palacé con Calibío.

Para finalizar, su muerte ocurrió en 1904, a los ochenta y un años de edad, luego de padecer cáncer en la lengua y el estómago, y perder la visión. Pese a estos quebrantos de salud, el Dr. Uribe Ángel ya había escrito, muchos años antes, que estaba satisfecho con la vida que había tenido, al haber sido testigo de los adelantos científicos y técnicos del siglo XIX y haber ayudado a que Antioquia y Colombia encaminaran su rumbo por el conocimiento y progreso ante las diferentes guerras civiles que hacían dudar sobre el futuro del país. Al respecto dijo:

Mucho habrá que lidiar aún; acaso no estamos sino en una confusa aurora, cuyos posteriores rayos habrán de inundarnos con su luz; tal vez marchamos con pasos inseguros por la vía del progreso; quizás estemos más atrasados aun de lo que pensamos; puede ser que los pesimistas tengan razón cuando sostienen que la República no ha dado un

paso en la carrera de sus adelantos, y cuando se quejan de los malos tiempos que les han tocado en lote, y de la miserable y oscura existencia a que han estado sujetos, por haber nacido en esta época del mundo y en este retirado y bárbaro rincón del globo. Yo no me quejo; antes bien doy rendidas gracias a la misericordia de Dios por haberme traído a la vida en este período magnífico, en que el pensamiento humano, como los gigantes de la fábula, ha desenvuelto su fuerza con soberana majestad. Yo he visto nacer las aplicaciones del vapor, el perfeccionamiento de la imprenta, el daguerrotipo, la fotografía, el telégrafo, la luz eléctrica, el fonógrafo, el cloroformo, etc., etc., y he asistido con mi humilde pensamiento al desarrollo maravilloso de la mecánica, a las multiplicadas invenciones de la industria, a la maravillosa extensión del comercio, al milagroso avance de la bella literatura, a la perfección de las bellas artes y a las santas evoluciones de la libertad de los pueblos. Con eso, aunque mal enumerado y apreciado sin bastante competencia, lo pienso, lo creo y lo siento; tengo lo bastante para quedar satisfecho con la suerte que me ha tocado sobre la tierra.¹

Nota

- 1 Uribe Ángel. M. (1979). La medicina en Antioquia en *Obras completas*, Secretaría de Educación y Cultura, pp. 76-77.

Jorge Andrés Suárez Quirós. Historiador de la Universidad de Antioquia y magíster en Ciencias de la Administración de la Universidad EAFIT. Es autor de: *Manuel Uribe Ángel 1822 - 1904: Promover y difundir, biografía de un modernizador antioqueño*, Pulso y Letra / Ministerio de Cultura, libro ganador de la Convocatoria del Programa Nacional de Estímulos Portafolio 2021, modalidad: Libros inéditos de interés regional.

El Libertador, su ayo y su capellán

Manuel Uribe A.

Hoy que la América, o más bien el mundo entero, conmemora el nacimiento de su grande hombre, honremos la memoria de dos de los compañeros que le estuvieron más estrechamente unidos por los vínculos de la amistad y por los sentimientos de la admiración. Honremos el nombre de su maestro y el de su capellán, principiando por el último.

Cuando en el año de 1822, después de haber asegurado la Independencia de la Capitanía general de Venezuela y del Virreinato de la Nueva Granada, iba Bolívar por el camino del Sur para emancipar con su ejército siempre vencedor, la Presidencia de Quito, encontró en la ciudad de Popayán un sacerdote joven, quien después de haber recibido el grado de doctor en teología, había sido investido y consagrado como ministro católico.

Llamábase ese presbítero, adolescente Pedro Antonio Torres y a su carácter eminentemente evangélico unía las cualidades de un mancebo altamente simpático.

Era el doctor Torres mediano de cuerpo, de bellas facciones, de piel blanca y sonrosada, vivaz y listo en sus ademanes, de exquisitos modales, de palabra fácil y fluida, de evangélica filantropía, de vasta y sólida instrucción y, sobre todo, de acrisolado patriotismo.

El sacerdote de quien hablamos formaba en las filas de los independientes, y cuando se puso en contacto con el Libertador, su carrera quedó hecha y el problema de su porvenir resuelto. La mirada escrutadora de Bolívar, su conocimiento del mundo y de los

hombres y su intuición profética, le hicieron adivinar el germen en desarrollo de un personaje que debía ilustrar más tarde los anales de la Patria.

Al continuar la campaña tomó Bolívar al señor Torres como capellán de su ejército. En el paso de Juanambú, en la sangrienta jornada de Bomboná, en los desfiladeros del Guáitara y en la cruenta acción de Ibarra, el sacerdote iba en pos del guerrero cual suele ir la medicina que sana tras el brazo que corta y quebranta.

Emancipado el Ecuador, reunidas las fuerzas republicanas y lista ya para ir a sellar con su sangre en los campos de Junín y de Ayacucho la libertad de todo un continente, los dos amigos, porque ya lo eran, iban hombreándose siempre y siempre unidos.

Enarbolada la bandera nacional sobre las colinas que rodean la pintoresca esplanada de Junín y sobre la ardua cima del Cundurcunca; llevadas nuestras armas victoriosas hasta las elevadas cumbres del Potosí; tomado el puerto del Callao; establecida la nacionalidad peruana y creada la soberanía de Bolivia, resolvió el Libertador regresar a Colombia, no sin tributar antes a los compañeros de su gloria la recompensa debida a tantos sacrificios.

Para su virtuoso capellán, para su fiel amigo, para el depositario de sus más íntimos pensamientos, pidió y obtuvo el obispado del Cuzco.

El alto honor concedido con aquel honroso

nombramiento era poca cosa para el abnegado patriota, que aspiraba a la honra de permanecer siempre cerca del redentor de la América.

Separado del Libertador, por la fuerza de circunstancias especiales, el señor Torres fijó su residencia por algún tiempo en la ciudad del Sol, en donde fue nombrado para desempeñar funciones como Deán de la catedral.

Propuesto un poco más tarde para el obispado de Cuenca, el celo cojijoso de algunas gentes encontró mal el que un sacerdote con facciones de guerrero, el que un Deán con ideas liberales, el que un personaje despreocupado y cortés, aunque cristiano y virtuoso, llevara sobre su cabeza la mitra, símbolo del apostolado. Hubo entonces emulación, hubo envidia y hubo espíritu de calumnia, y eso hasta un punto tal, que todo, envuelto en el ropaje de un interés religioso, llegó hasta el trono pontificio.

Inútil empeño: el señor Torres fue nombrado Obispo de Cuenca; y si no recibió la investidura de tan alta dignidad, fue porque él mismo la rehusó.

Deán de la catedral de Quito, continuó siempre en ejercicio de sus virtudes públicas y privadas. Compasivo y generoso para con los pobres, ameno y franco para con sus amigos, consecuente para con la Iglesia, entusiasta por la educación y devoto de la causa de la República, presentó siempre la fisonomía del apóstol, la actitud del filántropo y el tipo noble del republicano.

Elevado por el Gobierno de la Nueva Granada y por la voluntad de Pío IX a la silla episcopal de Cartagena de Indias, y promovido luego a la de Popayán, el capellán de Bolívar pasó la última parte de su existen-



La Batalla de Boyacá en la Guerra de Independencia de Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá contra España. Martín Tovar y Tovar. Óleo sobre tela. 1819. Palacio Federal, Caracas, Venezuela.

cia entregado únicamente al ejercicio de la caridad, a la instrucción de la juventud, a la práctica de todas las virtudes cristianas y a la adoración por la República y por la Libertad.

Cuando el señor Torres era Deán de la catedral de Quito, tuve yo la fortuna de hallarme en aquella ciudad; y digo la fortuna, porque además de haber recibido la hospitalidad elegante de aquella culta corporación humana, hospitalidad que no olvidaré nunca y que conservaré fresca en mis recuerdos de gratitud, tuve también la felicidad de conocer muchos célebres personajes y de hacer gratas relaciones que han venido como auxilio valioso en el transcurso de mi vida.

Estando allá, recibí un día el siguiente billete: "Mi querido Manuel: Come hoy en casa un amigo viejo, y como quiero que seas de los nuestros, te espero precisamente a las cuatro de la tarde. Comeremos más y comeremos menos. Tuyo, Pedro Antonio".

Asistí oportunamente a la cita, y al entrar en el salón, el Doctor Torres, que conversaba familiarmente con el sujeto que me había anunciado, se puso de pie y dijo: "— Don Simón, tengo el gusto de presentar a usted a mi amigo el Doctor Manuel Uribe Án-

gel. Doctor, presento a usted a mi antiguo compañero de armas, el señor Don Simón Rodríguez”.

Dirigiéndome entonces al anciano a quien había sido presentado, no creí hallar en los recursos de mi pobre educación una frase más amable y más adecuada a las circunstancias que ésta: “Señor Don Simón, tengo mucho gusto al conocer y saludar al maestro de nuestro Libertador”.

El viejo Rodríguez, con una risita que me pareció sarcástica, me contestó: “Fuera de ése, tengo algunos títulos para pasar con honra a la posteridad”.

“La mesa está servida, dijo el canónigo; amigos míos, vamos a comer”.

Nos sentamos a la mesa, comimos, platicamos cordialmente y quedamos para lo porvenir excelentes compañeros.

De aquel día en adelante, mis relaciones con Don Simón Rodríguez llegaron a ser más y más íntimas. Yo no era rico, y él por su parte era supremamente pobre. Sin lujo y ostentación había en mi mesa lo suficiente para mí y aun sobraba para otro. Le ofrecí un asiento a mi lado, y como el ofrecimiento fuera sincero, a él se siguió la aceptación y la base de más cordiales relaciones. ¡Qué almuerzos aquéllos, Dios mío, y qué comidas! En tales momentos, si yo hubiera sido capaz de aprender, me habría hecho un sabio. La erudición del señor Rodríguez era incomparable; su sabiduría, pasmosa. A veces, en momentos de entusiasmo, su elocuencia se desataba como las ondas contenidas de un torrente que rompe sus diques, para exponer las más luminosas ideas, para sentar los más exactos principios, para desenvolver los más provechosos sistemas y para explicar las más científicas doctrinas.

Este notable americano frisaba entonces con los ochenta y cinco años de su edad, y no era físicamente constituido como el señor Torres: sin ser muy alto de cuerpo, tenía aspecto atlético; sus espaldas eran anchas y su pecho desenvuelto; sus facciones angulosas eran protuberantes; su mirada y su risa, un tanto socarronas; su cabellera y cejas, grises; sus piernas, algo separadas, como las de un marinero; sus pies, gruesos y calzados siempre con botas de doble suela. Llevaba de ordinario anteojos, y cuando de ellos no hacía uso, los colocaba sobre la frente. Cubría su cabeza con sombrero de fieltro de “anchas alas”; su cuello y pecho estaban abrigados, el primero por corbatín de raso, y el segundo por chaleco de paño, ambos de color oscuro; sus pantalones eran de tela burda y su cuerpo se cobijaba con un levitón de color gris, suelto y ancho, cuyas faldas llegaban hasta las corvas.

En aquella edad y con las condiciones físicas que le hemos asignado, Don Simón Rodríguez tenía una robustez corporal digna de envidia y una claridad de inteligencia acreedora de respeto y admiración.

Un día, mientras almorzábamos, me dijo:

A principios del presente siglo, y cuando ya Bolívar estaba educándose en Europa, yo me encontraba en Caracas. Las ideas revolucionarias se desenvolvían allí con prodigiosa rapidez; las aspiraciones de independencia, aunque sufocadas por la vigilancia española, sobrenadaban y se hacían visibles por encima de todo el horizonte social. La suspicacia del Gobierno engendraba el disimulo de los patriotas, y la tiranía subsiguiente de aquél produjo al fin la reacción revolucionaria. Yo era presidente de una junta secreta de conspiradores. Denunciados por un traidor y hechos blanco de las iras del capitán general, logré sustraerme a las persecuciones y a la muerte, por una rápida evasión; y te digo a la muer-

te, hijo, porque ya embarcado en el puerto de la Guaira en un buque norteamericano y antes de darnos a la vela, supe que muchos de mis compañeros habían sido pasados por las armas sin juicio previo y sin capilla. En Baltimore trabajé como cajista en una imprenta y gané simplemente el pan. Permanecí en aquel destino durante tres años, y al cuarto me embarqué con dirección a Europa; llegué a Cádiz y por Bayona fui a la capital de Francia, en donde con mucho afecto recíproco me uní a Bolívar. Allá estábamos cuando se hizo la coronación de Napoleón, y por cierto que en aquel día tan notable y feliz para los gabachos, Bolívar y yo no salimos del Hotel. La idea de un amo más sobre la tierra, hacía hervir la sangre de aquel muchacho, con imponderable indignación. Tenía razón, hijo, porque en mi opinión los gobiernos personales son inaceptables, y porque auguro que andando el tiempo no habrá más poder que el de todos en favor de todos.

Aunque yo hubiera querido que mi compañero continuase la narración, él la interrumpió porque había llegado la hora acostumbrada de separarnos.

Otro día me hacía la siguiente relación:

Permanecí en Europa por más de veinte años; trabajé en un laboratorio de química industrial, en donde aprendí algunas cosas; concurrí a juntas secretas de carácter socialista; oí de cerca al Padre Infantín, a Olendo Rodríguez, a Pedro Leroux y a otros muchos que funcionaban como apóstoles de la secta; estudié un poco de literatura; aprendí lenguas y regenté una escuela de primeras letras en un pueblecito de Rusia. En eso de primeras letras ya me había ejercitado un poco durante mi juventud, dando lecciones a ese hombre a quien admiras tanto, cuando él era un despabilado rapazuelo. Por eso, seguramente, se dice que yo fui su ayo: pero más que maestro aseguro que fui su discípulo, pues por adivinación él sabía más que yo por meditación y estudio. Fui simplemente su amigo.

—¿Qué hizo usted en Europa y en qué tiempo regresó usted a América? pregunté un día a mi anciano amigo.

—Hijo —me contestó—, yo he sido hasta ahora el único americano del Sur que haya ido a Europa, no con el fin de derrochar fortuna, sino con el de adquirirla. A mi regreso, registré en Cartagena como de mi legítima propiedad sesenta y cuatro mil duros. Trabajé, observé y creo saber alguna cosa; pero ¿qué quieres? como hablo sobre asuntos extraños, nadie me entiende y paso por loco.

—¿Y en dónde se reunió usted con el Libertador?

Al saber que ya había llegado al continente, me escribió una carta muy amistosa que anda por ahí impresa en los papeles públicos. Desde Cartagena seguí al Perú, en donde nos dimos estrecho abrazo y reanudamos nuestras relaciones. El me manifestó sus proyectos y yo le manifesté los míos. Entero todavía y con fe en él corazón, mi desgraciado amigo, después de haber roto los vínculos que unían estos países a la madre patria, acariciaba la esperanza de poder organizarlos antes de ir al sepulcro.

Mi gran proyecto por entonces consistía en poner en práctica un plan bastante meditado que estriba en colonizar la América con sus propios habitantes, para evitar lo que temo acontezca un día; es decir, que la invasión repentina de inmigrantes europeos más inteligentes que nuestro pueblo actual, venga a avasallar de nuevo y a tiranizarlo de un modo más cruel que el del antiguo sistema español.

Yo quería rehabilitar la raza indígena y evitar su extinción completa, y cuando el Libertador, a quien hablé sobre el particular, regresó a Colombia, me dejó recomendado al General Sucre. Sucre, hijo, era un brillante capitán, pero nunca llegó a comprender la trascendencia de las miras que yo tenía. Un ensayo se hizo en Bolivia, y la cosa no iba mal; mas el encargado de protegerme y auxiliarme, obtuvo en premio de sus servicios



Puente Nomentano y Monte Sacro al fondo. Giuseppe Vasi. Grabado.1752. Roma, Lacio, Italia.

lo que el otro protector obtenía por el Norte: es decir, el insulto y la ingratitud.

Desengañado de poder llevar adelante alguna cosa de provecho para mí y para mis semejantes, me di a recorrer tierras. Estuve en Chile, y prediqué; pero en desierto. Cierta día elogiaba yo el carácter dócil y manso de los indios y, ¿lo creerás? un Ministro de Gobierno de aquella nación tomó a pecho la tarea de demostrarme que eran unos bárbaros con quienes no se podía hacer otra cosa que destruirlos sin piedad. Me acuerdo que decía en discusión conmigo y cuando yo le observaba que, bárbaros por bárbaros, tan peligrosos éramos los blancos como los pobres aborígenes. “Qué quiere usted” — me decía — “que se juzgue de una raza en que a la muerte del esposo las viudas se queman voluntariamente?”. —Póngame usted la Inquisición, le respondí, y me queda debiendo.

Sería largo referir el número de anécdotas, picarescas unas, filosóficas otras, e instructivas todas, que me fueron referidas por Don Simón Rodríguez.

En sus últimos años se dio a la tarea de escribir, y escribió muchas obras que, si hoy no gozan de gran renombre, sí lo tendrán en la posteridad. Su defensa de Bolívar es un libro de precio inestimable. Su periódico de carácter social, escrito en el Perú, es de un tipo propio para despertar envidia en la época actual del periodismo. Su Gramática

de la lengua francesa nos parece superior a todo lo escrito sobre la materia. Sus artículos sueltos son eruditos, científicos y recreativos y, en fin, su grande obra *El suelo y sus habitantes*, nos parece la revelación de un alto genio, de una instrucción vastísima y de una visión neta y clara sobre lo porvenir.

Paseábamos una tarde por los lados de Machángara, riachuelo que corre en parte hacia el Sur de la ciudad, y como me manifestase curioso por saber los pormenores de la vida de mi amigo, me miró con un airecito malicioso y me dijo. “Tú quieres pormenores sobre mi existencia para hacer una novela: pues no los tendrás”.

En compensación, estando aquel día muy comunicativo y amable, logré que me dijera:

Después de la coronación de Bonaparte, de que ya te hablé, viajamos Bolívar y yo, en estrecha compañía y en íntima amistad, por gran parte del territorio de Francia, Italia y Suiza. Unas veces íbamos a pie y otras en diligencia.

En Roma nos detuvimos bastante tiempo, y para que sacies tu curiosidad, voy a referirte lo que allá pasó.

Un día, después de haber comido y cuando ya el sol se inclinaba al Occidente, emprendimos paseo hacia la parte del Monte Sagrado.

Aunque esos llamados montes no sean otra cosa que rebajadas colinas, el calor era tan intenso que nos agitamos en la marcha lo suficiente para llegar jadeantes y cubiertos por copiosa traspiración a la parte culminante de aquel mamelón. Llegados a ella, nos sentamos sobre un trozo de mármol blanco, resto de una columna destrozada por el tiempo.

Yo tenía fijos mis ojos sobre la fisonomía del adolescente: porque percibía en ella cierto aire de notable preocupación y concentrado pensamiento.

Después de descansar un poco y con la respiración más libre, Bolívar, con cierta solemnidad que no olvidaré jamás, se puso en pie, y, como si estuviese solo, miró a todos los

puntos del horizonte y al través de los amarillos rayos del sol poniente paseó su mirada escrutadora, fija y brillante por sobre los puntos principales que alcanzábamos a dominar.

“¿Con qué éste es”, dijo, “el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su ípo y todas las miserias su cuna. Octavio se disfraza con el manto de la piedad pública para ocultar la suspicacia de su carácter y sus arrebatos sanguinarios; Bruto clava el puñal en el corazón de su protector, para reemplazar la tiranía de César con la suya propia; Antonio renuncia los derechos de su gloria para embarcarse en las galeras de una meretriz; sin proyectos de reforma, Sila degüella a sus compatriotas y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza. Por un Cincinato hubo cien Caracallas; por un Trajano cien Calígulas y por un Vespasiano cien Claudios. Este pueblo ha dado para todo: severidad para los viejos tiempos; austeridad para la República; depravación para los emperadores; catacumbas para los cristianos; valor para conquistar el mundo entero; ambición para convertir todos los Estados de la tierra en arrabales tributarios; mujeres para hacer pasar las ruedas sacrílegas de su carruaje sobre el tronco destrozado de sus padres; oradores para conmover, como Cicerón; poetas para seducir con su canto, como Virgilio; satíricos, como Juvenal y Lucrecio; filósofos débiles, como Séneca; y ciudadanos enteros, como Catón. Este pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la humanidad: Mesalinas corrompidas, Agripinas sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros: pero para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de su razón, bien poco, por no decir nada. La civilización que ha soplado del Oriente ha mostrado aquí todas sus faces,

ha hecho ver todos sus elementos; mas en cuanto a resolver el gran problema del hombre en libertad, parece que el asunto ha sido desconocido y que el despejo de esa misteriosa incógnita no ha de verificarse sino en el Nuevo Mundo”.

Y luego, volviéndose hacia mí, húmedo el ojo, palpitante el pecho, enrojecido el rostro, con una animación casi febril, me dijo:

“Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor, y juro por la Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español”.

Tú sabes, hijo, agregó el señor Rodríguez, que el muchacho cumplió su palabra. Toca a las generaciones venideras perfeccionar la obra. En cuanto a ti, en quien noto cierta propensión a la historia, quiero darte un consejo, y es éste: Si alguna vez pretendes y puedes escribir, cuéntales a tus compatriotas en términos sencillos y sin lujo de fantasía lo que sepas sobre tus antepasados, para que aprendan a respetar su memoria, a reverenciarla y a reconocer sus sacrificios.

Esto sucedía en el año de 1850. Uno después, poco más o menos, Don Simón Rodríguez murió en una posada cerca de Piura, y no sabemos que hasta hoy sus restos hayan sido pedidos para darles decoroso sepulcro.

Manuel Uribe A.

Tomado de *La Consigna*, periódico político, literario, año II, serie VII, N. ° 78, Medellín, martes 24 de julio de 1883. Reeditado en: *Homenaje al Libertador Simón Bolívar en su primer centenario 1783-1883*, Bogotá, imprenta de Medardo Rivas, 1884, segunda edición, Senado de la República, Academia Colombiana de Historia, edición facsimilar Plaza y Janes, Editores-Colombia Ltda., Bogotá, 1983, pp. 72-74. Transcripción de Jorge Andrés Suárez Quirós actualizada para la *Agenda Cultural*.

Cuánto me costó la burra

Manuel Uribe A.

En un punto inmediato a las últimas casas de San Benito y a la orilla del río Medellín, había en el año 1699 una habitación pajiza circunscripta por paredes fabricadas de caña-brava, repletas en su parte central por tierra mal amasada y atadas con bejucos de los que abundaban mucho por entonces en los bosques vecinos.

El conjunto de este mezquino edificio estaba sostenido por estacas de madera que aún conservaban algo de su corteza y cuya base se mostraba carcomida por la tierra húmeda en que descansaban.



Croquis de Villa de Nuestra Sra. de la Candelaria de Medellín. Germán Suárez Escudero. Dibujo. 2 de noviembre de 1675. Tomado de Historia elemental del Municipio de Medellín, Bedout, 1968, p.23.

La pared o *bahareque* de que hablamos, había sido mal alisada con la palma de la mano, porque el palustre de los albañiles modernos no había entrado todavía en nuestra arquitectura urbana. El enlucido de tierra blanca o cal, no figuraba por nada en esta especie de casa que más parecía choza grosera o rancho primitivo que otra cosa, y como la sequedad del aire hubiese contraído los materiales de construcción, la superficie estaba llena de grietas y de tolondrones como la piel de un leproso. La paja *masiega* que le servía de cubierta, aunque resistente por su naturaleza, había comenzado a podrirse en algunos sitios y dejaba paso libre a no pocas gotas de agua que mojaban el suelo constituido por tierra imperfectamente pisada y con gran detrimento de dos entarimados dispuestos con tablas groseras que figuraban como lechos y sobre las cuales había sendas esteras de corteza de plátano, enrollada cilíndricamente y unida por hilos de fique torcido, muy empleado para tal fin y en tales ocasiones.

El lugar de las camas pudiera haber sido considerado como alcoba porque estaba separado de otra pieza con abertura sin puerta, en la parte central; pieza que daba a la calle sin más seguridad que una cancilla aforrada en piel de res y fronteriza a otra semejante que permitía el ingreso a un corral de mediana extensión limitado por viejas talanqueras y en el cual crecían algunos árboles de higuera y medraban malvas, escobillas, verdolagas y no escasas ortigas.

En la época a que vamos refiriéndonos, aquella especie de tabuco miserable se ofrecía un tanto vencido, y hasta hubiera caído en ruinas si Pedro Moncayo, que lo habitaba, no hubiese parado el golpe con algunos puntales metódicamente colocados para sostenerlo.

La segunda pieza de que hemos hecho mención, servía a un mismo tiempo de aposento y de cocina, porque el hogar, fabricado con tres piedras, se hallaba en uno de los rinco-

nes, sin que al humo quedase más recurso que salir en parte con lentitud por las portezuelas, o confinarse en la salita misma o en la alcoba.

Hemos dicho que Pedro Moncayo era el señor y dueño de aquel lastimoso tugurio; pero bueno será que agreguemos algo más a mucho de lo que se conexiona con este sujeto por ser el héroe de nuestro cuento.

Moncayo era descendiente de una de aquellas familias que presidieron la fundación de la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria, de Medellín, y que acomodada por entonces en negocio de haberes de fortuna, bien pudo hombrearse con D. Miguel de Aguinaga, el ilustre Gobernador de Antioquia; pero la cual por veleidades propias de la suerte, llegó a menos, en un abrir y cerrar de párpados, por manera que Pedro fue paupérrimo en la acepción propia de la palabra. Agreguemos, para mejor inteligencia, que además de pobrísimo, era sumamente ignorante, si bien por compensación, en sumo grado inteligente, porque estas dos cosas no se excluyen.

La mocedad de Moncayo fue robusta, y tanto, que con su trabajo personal, en calidad de peón, ganaba lo bastante para socorrer con cariño filial a su anciana madre, que desde años atrás yacía postrada de reumatismo crónico, que por herencia tradicional atormentaba a la familia de la pobre señora.

Había también entre la desdichada gente de que tratamos, una negra cocinera muy devota de sus amos porque sus ascendientes habían servido antaño con pronunciada fidelidad, en la casa de los Moncayos. Dicha sirvienta se movía con dificultad porque, por efecto de una antigua caída, se le había dislocado uno de los huesos de la cadera y

porque para no claudicar, el espinazo se le había torcido formando incómoda joroba.

Las tareas de los Moncayo, mientras pudo trabajar, consistieron en levantar vallados para separar las heredades; en ahondar zanjas para desagües; en clavar estacas para dirigir la corriente de las aguas; en desyerbar maizales, y en cuidar gallinas, cerdos, caballos y vacas.

Probablemente por influjo de la herencia, o por causa de las humedades diarias, o acaso por la absorción de miasmas palúdicos, el reuma se apoderó de las articulaciones del trabajador, de tan desgraciada suerte, que la enfermedad que al principio fue en él aguda y febril, se tornó a la postre en dolencia habitual, rebelde a todos los medios curativos que en aquella época ponían en práctica los compadres y las comadres de los contornos: frotaciones de aguardiente alcanforado, zumo de guaco, pócimas de diferentes clases, purgas repetidas, unciones de manteca de iguana, de oso, de león y hasta de caimán –que trajeron de Nare–; nada pudo impedir que los miembros superiores e inferiores de nuestro compatriota se encorvasen, se contrajesen, y que algunos de sus huesos se adhiriesen unos a otros, impidiendo casi en su totalidad los diversos movimientos del cuerpo.

Pedro fue hombre prudente, y como tal, no dejó de acumular ahorros que tomaba del salario que se le pagaba por sus esforzadas labores en tareas campestres; mas como quiera que la enfermedad fuese larga, todas sus economías pasaron por la inflexible hilera de sus necesidades, de tal modo, que pronto se halló en precaria situación.

El trabajo reducido de Atanasia, nombre de la criada, y el espíritu caritativo de los próji-

mos, le favorecieron al principio, pero al correr de poco tiempo, la pobreza llegó a ser clamorosa en aquel desventurado hogar.

Y no podía ser de otra manera, porque el cuadro que se ofrecía a la vista era positivamente aflictivo: una barraca desvencijada; un corral enmalezado; una vieja lisiada; un hombre tullido y una negra coja, eran lo bastante y aun sobraba, para infundir profunda lástima.

Sin embargo, era preciso vivir y para ellos buscar medios de conseguirlo.

En conferencia que tuvieron Moncayo y Atanasia, se convino en que la última quedaría constantemente al servicio de la enferma, mientras que el primero pediría limosna a la buena gente del lugar.

De tal determinación surgió grave dificultad que parecía insuperable, porque arrastrarse todo un día frotando con el cuerpo guijarros, cascajo, tierra, lodo, malezas y otros mil obstáculos de que por entonces estaban colmadas las imperfectas calles de la Villa, era asunto que rayaba en lo imposible o por lo menos en peligro de perecer en la demanda.

Aguzando el ingenio, resolvieron amo y criada echar mano de algunos retazos de cuero viejo que tenían a su alcance.

Con dos telas de ellos, humedecidas y cortadas al tenor de las posaderas del tullido, fabricaron una especie de saco que acolcharon con paja seca, y que cerraron con metódica costura adicionándolo con fajas de piel para atarlas luego a los muslos y cintura del pobre inválido. Colchoncitos pequeños semejantes a rudas manoplas, fueron dispuestos para amortiguar los dolorosos

frotamientos que debían experimentar las manos al apoyarse en tierra para impulsar el cuerpo hacia adelante.

Ataviado con este singular aparato, y constituido en calidad de mendigo, Pedro Moncayo emprendió atrevidamente la profesión de pordiosero.

Los estragos causados por el reumatismo fueron muchos, pero aún quedaban al estropeado personaje algunas partes sólidas y sanas. Y tanto era así que al contemplarle sentado, su busto era arrogante. Tenía cabeza voluminosa cubierta por ensortijadas guedejas de cabello negro; era blanco, de frente ancha, de cejas negras bien pobladas, de espesa barba, de espalda y pechos levantados y de mirada enérgica y atrevida.

Si algún discípulo de Lavater hubiera querido deducir algo desfavorable al carácter moral de Pedro, hubiera llevado un gran chasco, porque debajo de aquellas duras facciones, había un individuo manso como un cordero, inofensivo como una paloma y humilde como acrisolado cristiano.

El mendigo de que venimos tratando, efectuaba sus cotidianas excursiones por las calles de la Villa, y como no es de ahora el que los medellinenses, bajo aparente corteza de gente huraña y descorazonada, hayan sido compasivos, pues mamaron con la leche de su infancia el sentimiento puro de la caridad, acontecía que todas las tardes al volver a su tugurio, Pedro llevaba algunos reales de los que le habían dado las personas que le conocían bien y estimaban sus antecedentes. La suma recogida no era cuantiosa, pero bastaba para satisfacer las reducidas necesidades de un personal tan modesto y acomodaticio. Había algo más: quedaba siempre un saldito a favor del pordiosero, quien obediente a

sus costumbres de economía, lo guardaba cuidadosamente para cualquier ocasión solemne que pudiera salirle al paso.

En tal guisa siguió por algunos años la vida de este nuestro amigo; mas como el ejercicio fuese áspero y el gasto de fuerza física tan considerable, el hombre principió a flaquear un poco y a fatigarse demasiado con tan penosa brega. No obstante, hubo un dilema: continuar luchando o perecer.

En cierta ocasión emprendió Pedro su diaria correría hacia los lados del cementerio viejo, y como al llegar a la margen del riachuelo llamado *Loca*, que por aquella parte corre, no pudiese pasarlo, se colocó a la sombra de un alero que cerca de allí había para reposar un tanto.

En eso estaba el infeliz, cuando acertó a pasar, comiéndose un gajo de plátanos, un leñador, arriero de algunos burros cargados de la respectiva mercancía, y como el tullido tuviese hambre, estiró la mano al campesino y le pidió una limosna por amor de Dios. Este, que por la prueba se vio ser cristiano de buenas entrañas, arrancó un plátano y lo alargó risueño al que le pedía.

El de la leña, encarándose con el mendigo, le dijo:

- Hombre, ¡cómo debes padecer pidiendo limosna de un modo tan arrastrado!
- Mucho padezco, efectivamente, contestó Moncayo, y sufriría menos si U. tuviera la bondad de venderme esa burrita vieja que está parada en frente de nosotros.

En efecto, los burros, que como todo el mundo sabe, no se afanan mucho por andar de prisa, al ver al amo en conversación con el pobre, se detuvieron, formando grupo para merodear, por si acaso, una hoja, una cáscara, el vástago de algún racimo, un

capacho de maíz o cualquier otra cosa que la casualidad les deparase.

La borriquita que llamó la atención de Moncayo, parecía ya muy entrada en años: era rucia de color; los pelos de la frente y de la crin muy abundantes y blancos; pues parece que la calvicie no es achaque de burros y que las canas no son enfermedad de sabios porque cabezas blancas conocemos, que no valen más que las de los asnos.

Después de breve rato de reflexión se estableció entre el leñador y Pedro el diálogo siguiente:

- Amigo, barrunto que U. quiere pedir limosna de caballería.
- Cabal, replicó Moncayo; no gusto de llevar por más tiempo existencia tan arrastrada.
- Tiene U. razón. A mí tampoco me agradan los hombres arrastrados. Pues bien; le vendo la burra.
- ¿Cuánto me pide por ella?
- Ofrézcame U., para ver si me conviene el precio.
- No señor, pida que el animal es suyo.
- Ofrezca señor, que pienso dársela barata.
- Ya lo creo, porque la burra es tan vieja que ya está patizamba.
- Así patizamba y todo, puede servirle para lo que U. la necesita.
- Bien, dijo el tullido, ¿quiere U. tres reales por la burra?

Sea porque el leñador quisiese salir del animalejo, o porque tuviese compasión del pordiosero, convino en cedérsela por el precio ofrecido.

- Convenido, expresó el comprador; pero tengo que poner una condición a U. Y es que me tiene que encimar la albarda, y además la rienda aunque sea de lazo de cabuya.
- U. pide mucho; si agrega U. un real a los tres, asunto concluido.

Se cumplieron las condiciones mencionadas y como la cabalgadura fuese espaciosa para andar, y como la oscuridad de la noche llegase a todo correr, entró Pedro por su casa, no sin gran admiración de Atanasia, quién después de explicaciones recibidas, puso la bestia en el solar y condujo al amo a su lecho para que, jinete a la mañana siguiente, anduviese por calles y plazas implorando la caridad pública.

Serían las siete de la mañana, cuando Pedro, montado en la borrica, emprendió su primera correría por la ciudad para pedir la acostumbrada limosna.

Dos o tres señores que le vieron al paso, no dejaron de sorprenderse algo, por el cambio ocurrido en las costumbres del mendigo, pero pasaron sin hacer comentario porque eran prudentes. No sucedió igual cosa un poco después, porque se halló de manos a boca con tres o cuatro granujas, quienes al verle, soltaron ruidosas carcajadas y siguieron detrás acompañándole hasta la plaza mayor, sitio de feria bastante concurrido, pues ya la población de la Villa había crecido bastante.

La contemplación del pordiosero equipado como andaba, no produjo el primer día en la gente seria sino un sentimiento de curiosidad, pero los pilluelos de Medellín, que fueron, son y serán siempre, diabólica ralea, experimentaban comezón por emprenderla con el desdichado enfermo.

Al día siguiente, el andante caballero, topóse pronto con cuatro o seis muchachuelos que presididos por un mocito algo más crecido que ellos, se colocaron al lado del infeliz, riendo mucho y vociferando no poco. Por fin, depuesta toda reserva, el mayor de la chusma dirigió a Moncayo estas palabras:

—Don Pedro, ¿cuánto le costó la burra?



Ilustración del cuento "Cuánto me costó la burra" de Manuel Uribe Ángel. Publicado en *El Repertorio*, N.º 3, agosto de 1896, p. 75.

La pregunta anterior la fueron repitiendo tanto y tanto, que como por contagio se generalizó hasta causar enfado al señor Moncayo, quien impotente para tomar venganza, se contentaba con dirigir terribles miradas a un lado y otro, acogiéndose a la breve filosofía encerrada en esta estrofito que le había enseñado su señora madre cuando él era niño:

*Tolera disimulado,
Aunque te haga padecer,
Agravio que no ha de ser
Plenamente castigado.*

La persecución que desde los primeros días entablaron los malcriados contra nuestro hombre creció y creció tanto, que a poco era un positivo martirio, y como no podía recurrir a un árbitro que le salvase, guardaba silencio y aparentaba indiferencia que no tenía, pues cólera latente le roía las entrañas.

Cosa muy común es ver en algunas ciudades espectáculos de esa clase que ciertamente no muestran la faz honrosa de la humanidad. Es posible que tal anomalía se deba en los pueblos que están en vía de

formación social, entre otros, a dos motivos que apuntamos enseguida: poca vigilancia por parte de la policía y ningún esmero en la educación de la juventud.

Los idiotas, los locos, los de carácter extravagante y muchos otros infelices, sirven frecuentemente de ocasión para presentar en las calles y en las plazas, escenas de tan repelente salvajez; y si no que los digan en lo pasado *Patablanca, la loca Dolores, la Marota, el ñato Narciso, el sargento varón, Manito, Güerengue, Ceguerita, Píoculeco, Tigre, Bartolilla, Caifás*, y en los actuales *Gertruditas, Cosiaca, el General Vasco, María chucha, Marañas, Justo Pelota, Víctor, Joaquina, La madre del monte, Mi Mater, Señor San José, Costillares, Teja, Perjuicio, Majelipa, Papagallo, Pavitas, Colorete* y otros y otras sin que el respetable público, que asiste a esos extravíos, se apresure a impedirlos. Antes, por el contrario, personajes serios y hasta señoritas de buena cuna, los toleran y aun los aplauden.

Si el lector quiere saber cómo pasan las cosas en una de esas crueles escenas respecto a una pobre víctima de la grosería popular, siga la breve descripción que intercalamos en este desgreñado relato.

El infeliz perseguido ocupa la vanguardia y la turba-multa va en pos de él: éste le llama por su nombre de guerra; aquel, le burla con palabras soeces; este otro, le grita con apodo burlesco; el de acá, le tira inmundicias; el de más allá, le arroja piedras; el de acullá, un sarcasmo; aquél, un silbido por lo bajo; el que va en pos, un chillido agudísimo, y éste, encorvado el dedo índice, le introduce en la boca, sopla como bomba impelente y lanza un ruido agudo, prolongado y estridente como el que produce el silbato de una locomotora de ferrocarril al entrar en la estación o al despedirse de ella para continuar su carrera vertiginosa.

Cierto día dejó nuestro héroe de salir a la calle en las primeras horas; pero a cosa de las cinco de la tarde se hizo colocar sobre su burra y dijo a Atanasia: “Ven conmigo, porque te necesito en la plaza”. La negra le siguió.

Llegado que hubieron a las gradas del atrio de la Iglesia Mayor, el amo ordenó a la doméstica, que le bajase de la cabalgadura y que se volviese con la rucia a su tugurio, pues él tenía necesidad de entrar al templo para visitar los altares.

Lentamente verificó la operación dicha nuestro pobre conciudadano, porque para efectuarla, tuvo que arrastrarse como en otras épocas.

Cuando estuvo cerca del púlpito, se metió entre la base de él y la sombra de un escañón, tan silenciosamente y tan recogido en sí mismo, que ni aun el soplo leve de su respiración podía notarse.

Principiaba a teñir la oración, y los fieles, terminadas sus preces, se retiraron a sus respectivas habitaciones dejando a Pedro en absoluto aislamiento.

Cuando éste escuchó el ruido que hacía la llave movida por el sacristán para cerrar la puerta, se puso en movimiento, tomó la escalerilla y aunque con dificultad, logró ocultarse en la cátedra sagrada, en la cual esperó pacientemente la corrida del tiempo.

Al sonar la primera campanada que pide sufragios para las ánimas benditas, el inválido puso atención para ver la luz de la vela que debía servirse el sacristán para renovar el aceite de la lámpara.

A poco rato sucedió lo que esperaba y al sentir que el empleado de la iglesia descendía por la nave principal, dio vigorosos y acompasados golpes contra la madera del

púlpito. Sorprendido el sacristán al escucharlos, corrió apresuradamente y tiró para la casa del cura, inmediata al templo.

El párroco al informarse de lo ocurrido pensó que era caso de conjuro, pues la cosa no podía provenir sino de alguna alma en pena; mas como para proceder a la operación se ofrecía grave dificultad, porque en la casa cural no había los ornamentos que para tales casos son precisos, un sirviente, segunda edición del Juan sin miedo del cuento, venció el apuro agarrado de un barrote de la ventana de la sacristía que daba al patio de la casa.

Provisto el ministro de sobrepelliz, calderilla, agua bendita, bonete e hisopo, se dirigió al sitio que ya indicamos acompañado por algunos vecinos.

Colocado en frente del púlpito y después de aspergear tanto como pudo, rezando cortas oraciones latinas, dirigió al aparecido en voz clara y sonora, estas palabras: “Hermano, de parte de Dios, Todopoderoso, diga quién es y qué quiere”.

Los circunstantes percibieron al punto un ligero rumor, y en seguida miraron casi aterrados el busto de un hombre que se alzaba en la cátedra sagrada.

“Lo que yo tengo que decir, articuló con ronca voz, no puedo manifestarlo sino a todo el pueblo reunido en este sitio”.

El Párroco ordenó que al instante mismo se tocara a rebato, y tocar y llenarse la iglesia todo fue uno.

El señor cura entonces tornó a decir: “Hermano, todos estamos reunidos, hable”.

“No haré tal, replicó el busto, porque faltan dos personas que deben escuchar mi revelación. Entre las últimas casas de San Benito y

la orilla del río, hay un miserable albergue en donde habitan dos personas que deben ser traídas a este lugar: una anciana inválida y una negra coja”.

Sin pérdida de tiempo, nombraron una comisión compuesta de cuatro fornidos mancebos para que averiguasen la veracidad del hecho, y trajesen las dos personas indicadas, caso de hallarlas.

Con imponderable rapidez ejecutaron los jóvenes lo que se les ordenó, muy admirados del espíritu profético del aparecido.

Cuando la vieja y la negra estuvieron junto al párroco, éste, dirigiéndose a lo que creía alma en pena, exclamó: “Es ya tiempo, hermano, de que se explique”.

El busto, agarrado sólidamente a los bordes de la madera, se irguió y con tono que algo tenía del eco de un ruidoso trueno, dijo: “Señor cura, señor gobernador, señores y señoras: yo soy Pedro Moncayo, el hazmerreír de este pueblo, el burlado, el escarnecido, el maltratado por todos, el interrogado sin tregua por impertinente pregunta, y como no puedo contestarle a cada uno en particular, he resuelto congregarlos a todos para decirles terminantemente que la burra me costó cuatro reales. Con que amigos míos, ya lo saben; no jeringarme más y todo el mundo a su casa”.

Nosotros conocemos mucha gente: abogados, médicos, gobernadores, presidentes, comerciantes, clérigos, agricultores, candidatos, diputados, periodistas, alcaldes y prefectos &., que bien quisieran reunir una corporación de todo linaje humano para decirle de una sola vez cuánto les costó la burra.

Manuel Uribe A. Tomado de *El Repertorio*, N.º 3, agosto de 1896.

PROGRAMACIÓN

OCTUBRE / 2022

Conversatorios y cátedras

Miércoles 5 y 12

3:00-5:00 p. m.

Aula abierta Seccional Oriente 2022: La filosofía como forma de vida. Aproximaciones teóricas y nuevas prácticas

Lugar: Plataforma Zoom <https://udearoba.zoom.us/j/95824909315?pwd=bUZnWmdzNHFLc1lTazVXc0xFQmYwQT09#success>

Invita: Instituto de Filosofía

Miércoles 5, 12 y 18

10:00 a. m.

Aula abierta Alejandro Alberto Restrepo Restrepo: Nietzsche filosofía, carne y literatura

Invita: Instituto de Filosofía



Miércoles 26

1:45 p. m. **Charlas bajo el agua: Humanos y ballenas, una relación musical**

Lugar: MUUA, Auditorio Luis Javier García Isaza

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Actividad de ingreso libre hasta completar aforo (79 personas). Experiencia sonora y visual de la mano del biólogo, fotógrafo y ecologista Esteban Duque Mesa.

Visitas guiadas

Sábado 1

10:00 a. m.

Visita intergeneracional

Lugar: Bloque 16.

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Viernes 14

9:00 a. m.

Volemos por el Alma: Aves del Campus Universitario

Lugar: Bloque 16.

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Visita guiada complementadas con momentos de avistamiento o "pajareo"

Otras alternativas





Sábado 8

11:30 a. m.

MUUAcción: Astronomía y cuerpo

Lugar: MUUA - Hall principal

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Actividad presencial, de ingreso libre hasta completar aforo de 20 niños. Las actividades se realizan en salas de exhibición y en corredores externos al Museo

Sábado 15

11:30 a. m.

Títeres en escena: I.E Universo Infantil

Lugar: MUUA tercer Piso, Auditorio principal (15-301)

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Actividad presencial, de ingreso libre hasta completar aforo de 79 personas

Un grupo de escolares, de la mano de su maestra, deberán descubrir las causas y revertir los daños que el Bullying ha causado en el grupo de compañeros.



Sábado 22

11:30 a. m.

Títeres en Escena: Dulce o truco

Lugar: MUUA tercer Piso, Auditorio principal (15-301)

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Actividad presencial, de ingreso libre hasta completar aforo de 60 personas

En esta obra verás cómo un grupo de personajes se meten en problemas intentando devolver los dulces desaparecidos a los niños de todo el mundo, pues alguien con muy malas intenciones tramó un terrible plan para arruinar la noche de disfraces.

Viernes 28

Univercitas: Terror cósmico, exploraciones al universo interior.

Lugar: MUUA - 15-301, Auditorio Luis Javier García Isaza
Invita: División de Cultura y Patrimonio
Univercitas de octubre, continuando con la serie de programas que exploran los medios que favorecen la comunicación de las ciencias, trae a la conversación algunos de los proyectos cinematográficos más populares en el campo de la ciencia ficción y el espacio exterior. Invitado: Andrés Mauricio Murillo, Coordinador programa de Cine ITM.

Domingo 30

11:00 a. m.

Villadanza

Lugar: Teatro Universitario Camilo Torres
Invita: División de Cultura y Patrimonio

Talleres

Sábado 8

10:20 a. m.

Tallernautas: Ciclo, Arte geométrico

Taller: polígonos apilables

Lugar: MUUA - Hall Externo

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Actividad presencial, con cobro de \$5.500 por niño y aforo máximo de 20 personas

Sábado 22

10:20 a. m.

Tallernautas: Tema: Arte geométrico, taller: Derrumbando cuadrados

Lugar: MUUA - Hall Externo

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Actividad presencial, con cobro de \$5.500 por niño y aforo máximo de 20 personas

Exposiciones

Miércoles 12

5:00 p. m.

Territorios de memoria

Inauguración Exposición Territorios de Memoria

Lugar: Auditorio Biblioteca Carlos Gaviria Díaz (Planta baja bloque 8)

Invita: División de Cultura y Patrimonio
Ingreso libre hasta completar aforo

Miércoles 19

5:00 p. m.

El eterno retorno como territorio de memoria en la Obra de Fernando Vallejo

A cargo de: Juan Diego Cañola, Presentación de Tesis de Maestría en Literatura

Lugar: Auditorio Biblioteca Carlos Gaviria Díaz (Planta baja bloque 8)

Invita: División de Patrimonio y Cultura
Ingreso libre hasta completar aforo



Cine y cineclubes

Grupo de Estudios Fílmicos

Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Escuela de Idiomas

4:00 p. m. | Ciclo: "El largo camino del desamor"

Lunes 3. Película: "Faces". John Cassavetes, Estados Unidos, 1968, 130' [Subtítulos en inglés]

Lunes 10. Película: "Interiors". Woody Allen, Estados Unidos, 1978, 92' [Subtítulos en inglés]

Lunes 24. Película: "5x2". François Ozon, Francia, 2004, 90' [Subtítulos en inglés]

Lunes 31. Película: "Blue Valentine". Derek Cianfrance, Estados Unidos, 2010, 112', [Subtítulos en inglés] + videoanálisis

Viernes 7. Película: "Ted Bundy: Durmiendo con el asesino". Joe Berlinger, EE. UU, 2019, 108'

Miércoles 12. Película: "The manson family massacre". Andrew Jones, Reino Unido, 2019, 90'

Viernes 14. Película: "Quién es JonBenét". Kitty Green, Australia, 2017, 80'

Miércoles 19. Película: "Desde mi cielo". Peter Jackson, Nueva Zelanda, 2009, 135'

Viernes 21. Película: "Secuestrada: la verdad de lisa McVey". Jim Donovan, Canadá, 2018, 87'

Miércoles 26. Película: "La chica en el sótano". Elisabeth Rohm, EE. UU, 2021, 88'

Viernes 28. Película: "La niña de la foto". Skye Borgman, EE. UU, 2022, 101'

Cineclub Tardes en el Paraninfo

Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

6:00 p. m. | Ciclo: "Musicales"

Martes 4. Película: "La La Land". Damien Chazelle, EE. UU, 2016, 127'

Jueves 6. Película: "My Fair Lady". George Cukor, EE. UU, 1964, 170'

Martes 11. Película: "The Rocky Horror Picture Show". Jim Sharman, Reino Unido, 1975, 100'

Jueves 13. Película: "Mary Poppins". Robert Stevenson, EE. UU, 1964, 140'

Martes 18. Película: "Moulin Rouge". Baz Luhrmann, Australia, 2001, 125'

Jueves 20. Película: "Grease". Randal Kleiser, EE. UU, 1978, 110'

Martes 25. "Mamma Mia!". Phyllida Lloyd. Reino Unido, 2008, 108'

Jueves 27. Película: "Into The Woods". Rob Marshall, EE. UU, 2014, 121'

4:00 p. m. | Ciclo: "Horror en serie"

Miércoles 5. Película: "El teléfono negro". Scott Derrickson, EE. UU, 2021, 102'

Cine UdeA en el Exploratorio

Lugar: Exploratorio del Parque Explora (Carrera 52 #73-75, Medellín)

Organizan: Exploratorio de Parque Explora y División de Cultura y Patrimonio

6:30 p. m. | Ciclo: SURficciones

Miércoles 5. Película: "El país de las últimas cosas", Alejandro Chomski, Argentina, 2020, 89'

Miércoles 19. Película: "Bacurau", Kleber Mendonça Filho y Juliano Dornelles, Brasil, 2019, 132'

Cine Indie

Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

2:00 p. m. | Ciclo: "Mike Mills"

Jueves 6. Película: "20th Century Women". Mike Mills, Estados Unidos, 2016, 118'

Jueves 13. Película: "Beginners". Mike Mills, Estados Unidos, 2010, 105'

Jueves 20. Película: "C'mon C'mon". Mike Milles, Estados Unidos, 2021, 108'

Jueves 27. Película: "Thumbsucker". Mike Mills, Estados Unidos, 2005, 96'

Cine club La mirada distante

Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Departamento de Antropología

4:00 p. m. | Ciclo: "Desvíos y apariciones"

Martes 11. Película: "Los amores imaginarios".
Xavier Dolan, Canadá, 2010, 100'

Martes 25. Película: "Mañana a esta hora". Lina
Rodríguez, Colombia, 2016, 84'

Cine Foro en Construcción

Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Instituto de Filosofía

6:00 p. m. | Ciclo: "Cinescrituras. Varda/Demy
(Hommage à Joëlle)"

Jueves 6. Película: "La felicidad". Agnès Varda, Francia,
1965, 76'

Jueves 13. Película: "Piel de asno". Jacques Demy,
Francia, 1970, 100'

Jueves 27. Película: "Jacquot de Nantes". Agnès
Varda, Francia, 1991, 118'

Cine UdeA

Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

12:00 p. m. | Ciclo: "Volver al pasado: Nostalgia
de los años 80 y 90"

Viernes 7. Película: "The Dark Crystal". Jim Henson,
EE. UU, 1982, 93'

Viernes 14. Película: "Full Metal Jacket". Stanley
Kubrick, Reino Unido, 1987, 120'

Viernes 21. Película: "Barton Fink". Joel Coen, EE. UU,
1991, 113'

Viernes 28. Película: "Trois couleurs : Bleu". Krzysztof
Kieślowski, Francia, 1993, 98'

Soundieclub

Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

4:00 p. m. | Ciclo: "Videoclip de los años 2000"

Viernes 14. Película: "Videoclip de los años 2000"
Múltiples directores, 70' – 12 Videoclips.

4:00 p. m. | Ciclo: "Videografía de David Bowie"

Viernes 28. Película: "Videoclip de David Bowie"
Múltiples directores, 70' – 12 Videoclips.

Ciclo Especial

Organiza: Cinemateca Municipal de Medellín,
Instituto de Estudios Políticos, División de Cultura y
Patrimonio, Proyecto Hacemos Memoria, Temporada
de Cine Colombiano y Festival por los Derechos
Humanos

5:00 p. m. | Ciclo: "Hijos e hijas. Enfrentando el
pasado de nuestras familias"

Jueves 6. Película: "Una familia colombiana"; Tanja
Wol Sørensen, Dinamarca, 2020, 80'
Lugar: Auditorio principal del Edificio de Extensión

Jueves 13. Película: "Pizarro", Simón Hernández,
Colombia, 2015, 82'
Lugar: Auditorio principal del Edificio de Extensión

Jueves 20. Película: "Cantos que inundan el río",
Germán Arango, Colombia, 2022, 72'
Lugar: Teatro Universitario Camilo Torres

Jueves 27. Película: "Cartas pa' un mejor presente",
Alejandra Lorena Marino Ronderos y Oscar Julián
Montealegre, Colombia, 2021, 10' y "Parábola del
retorno", Juan Soto, Colombia, 2016, 41'
Lugar: Auditorio principal del Edificio de Extensión

Cine

Jueves 13

6:00 p. m.

Encuentro con el cine: Cantos que inundan el río
Lugar: Universidad de Antioquia, Sede Yarumal
Invita: División de Cultura y Patrimonio
Exhibición del filme "Cantos que inundan el río" y
conversación con su equipo de realización

Jueves 20

Encuentro con el cine: Cantos que inundan el río
Lugar: Teatro Universitario Camilo Torres Restrepo
Invita: División de Cultura y Patrimonio
Proyección del filme "Cantos que inundan el río"
y conversación con su equipo realizador y con su
protagonista, Oneida Palacios.

Viernes 28

6:30 p. m.

Cine al Aire: Video performance
Lugar: Plazoleta Barrientos
Invita: División de Cultura y Patrimonio

Música

Martes 18

6:00 p. m.

Música de cámara: Freedman & Thomson (Canadá)

Lugar: Sala de Artes Performativas Teresita Gómez

Invita: División de Culturas y Patrimonio

Invitamos a artistas, gestores y agentes culturales de la Universidad y de la ciudad a participar de nuestro nuevo programa Obra en proceso, cómo vivir del Arte.

Miércoles 19

6:00 p. m.

Concierto para violín y piano

Lugar: Sala de Artes Performativas Teresita Gómez

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Miércoles 26

4:00 p. m.

La vida de las cosas muertas: Carlos Castro y la obra de Robert Schumann (1810-1856)

Invita: División de Cultura y Patrimonio

En el marco de la exposición La vida de las cosas muertas, y próximo al cierre de la exposición, se realizará un concierto performativo que relaciona la obra plástica del artista Carlos Castro y la composición en piano de la obra Carnaval del compositor Robert Schumann (1810-1856).

Teatro

Jueves 20

6:00 p. m.

El show de los raros, el musical

Lugar: Teatro Universitario Camilo Torres Restrepo

Invita: División de Cultura y Patrimonio

¡Viva la universidad!

Un alma, muchas voces

El Consejo Superior Universitario,
el Consejo Académico y la Rectoría, invitan a la
celebración del Día Clásico
07 de octubre de 2022

Acto de reconocimiento estudiantes
avanzados por programa 2022

Viernes
2:00
p.m. | Teatro
Universitario

Entrega de distinciones
universitarias 2022

Viernes
3:30
p.m. | Transmisión:
Youtube: /UniversidadAntioquia

219 • Años •
#DíaClásicoUdeA



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA



EVENTOS PNC

5 de octubre: Promulgación de finalistas
11:00 a.m. Facebook UdeA

consulta la programación
<https://bit.ly/3rgPis8>



**6 al 8 de octubre: Encuentro
Nacional de Música de Cámara**

**13 de octubre: Ceremonia de
Premiación 54 Premios Nacionales de Cultura**

premioscultura@udea.edu.co (604)2195177/ (604)2195175
www.udea.edu.co/premiosnacionalesdecultura

con el apoyo de:



MINISTERIO DE CULTURA



un proyecto de:



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

- 1** Editorial
Manuel Uribe Ángel (1822-1904)
Dora Helena Tamayo Ortiz
- 3** Abrir puertas: doscientos años del doctor Manuelito
Humberto Barrera Orrego
- 8** De médico, poeta y loco todos tenemos un poco
Diana Patricia Díaz Hernández
- 11** Manuel Uribe Ángel, promotor y difusor de la ciencia
Jorge Andrés Suárez Quirós
- 14** El Libertador, su ayo y su capellán
Manuel Uribe A.
- 20** Cuánto me costó la burra
Manuel Uribe A.
- 27** Programación cultural



Manuel Uribe Ángel